

ALARCÓN Y ARIZA, Pedro Antonio de. Guadix (Granada), 1833 – Madrid, 1891.
Narrador y periodista.

Nació en el seno de una familia que en tiempos había poseído una apreciable fortuna, que fue confiscada por los franceses al oponerse su abuelo paterno, Regidor de Guadix, a que los franceses entrasen en la ciudad. Después de iniciar sus estudios en el Seminario de Guadix, marchó a Granada donde realizó el bachillerato y comenzó la carrera de Leyes, que, ante la apurada situación económica de la familia, tuvo que abandonar, volviendo de nuevo al Seminario de su ciudad natal; pero pronto va a abandonar también los estudios eclesiásticos, marchando a Madrid en busca de la gloria literaria (1853). Su estancia en la Corte fue un fracaso, por lo que decide volver a Granada. Es entonces cuando ingresa en la tertulia de la *Cuerda Granadina*, que, fundada en 1850, celebraba sus reuniones en casa del músico Mariano Vázquez, en el carmen del cantante italiano Ronconi o en la Fonda de San Francisco, en la Alhambra; fueron *nudos* de esta *Cuerda*, aparte de los ya nombrados, el poeta Manuel del Palacio, el novelista Fernández y González, José de Castro y Serrano, Juan Facundo Riaño, José Fernández Jiménez, el pintor Eduardo García Guerra y muchos otros, entre los cuales no debemos olvidar a un joven universitario, Francisco Giner de los Ríos, que residía en el Colegio de San Bartolomé y Santiago; la *Cuerda* era una tertulia festiva (cada *nudo* tenía su apodo o mote satírico) donde se cantaba, se improvisaban versos y «corrían de boca en boca cien cuentos y anécdotas de todas clases y colores». Pero en 1854, el año de la revolución de Julio, se disuelve la *Cuerda* con la marcha de gran parte de los *nudos* a Madrid. Precisamente en ese julio revolucionario nos tropezamos con un Alarcón progresista, rebelde y exaltado, que se sitúa al frente del movimiento insurreccional en Granada y que funda el periódico *La Redención*, en cuyas páginas ataca con increíble dureza al clero y al ejército. Marcha a Madrid y allí entra a dirigir *El látigo*, donde se dedica a hostigar a la monarquía, lo que le va a reportar el célebre duelo con el poeta venezolano Heriberto García de Quevedo, que disparó al aire, perdonándole así la vida. Este hecho siempre se ha juzgado clave en su vida y determinante de su repentina conversión al catolicismo y al conservadurismo político. Por entonces asiste a las reuniones de la *Colonia Granadina*, continuadora de la *Cuerda* en el ámbito madrileño. En 1859 se enrola como voluntario para la guerra de África, cuyas crónicas, publicadas a su vuelta en un volumen (1860), le van a proporcionar fama y dinero. Viaja a Italia y a la vuelta comienza a intervenir en política: partidario de la Unión Liberal, diputado por Cádiz, desterrado a París en 1865 (año en que contrae matrimonio), diputado por Guadix después de la “Gloriosa”, partidario de la candidatura del Duque de Montpensier y finalmente de Alfonso XII. En 1873 y 1874, respectivamente, publica *La Alpujarra* y *El sombrero de tres picos*, a cuyos éxitos debe Alarcón su entrada en la Academia de la Lengua Española. A partir de 1882 deja de escribir, se aleja de la vida pública y muere en Madrid en 1891.

Es de gran interés poner de relieve la presencia de Granada y su provincia en la obra de Pedro Antonio de Alarcón. Su Granada literaria es la contemporánea, la Granada viva del siglo XIX, con sus tipos, sus historias, sus leyendas, sus anécdotas, su paisaje real; y cuando hace alguna incursión en la Granada morisca, esa evocación del

pasado lo es en función de un presente que quiere resaltar. Ejemplos de todo esto encontramos en sus artículos de costumbres, en sus libros de viajes, en sus narraciones cortas y en sus novelas. En esta línea está su artículo sobre “la mujer granadina”, fundamentalmente referido a la de clase media, donde, enterradas ya Zoraidas y Moraimas, se la define como no andaluza de profesión sino andaluza seria, católica, apostólica y romana, señora de su casa, no cultivadora del campo, lujosísima en la calle, poco amante de recibir y hacer visitas, floricultora, domadora de gatos y domesticadora de canarios, herbívora, vinífoba y gazpachófaga, honesta y en ningún caso escandalosa, acabado su relación con aquello de «todas las granadinas pelan la pava», axioma que comenta ampliamente como todos los anteriores. Otros artículos de interés son “La Nochebuena del poeta”, evocación de esa fiesta en Guadix, y “Un maestro de antaño”, que contiene recuerdos autobiográficos de su infancia.

En uno de sus últimos escritos habla Alarcón, recreándose en el paisaje, de sus viajes desde Guadix a Granada («sesenta y nueve veces lo he recorrido, la mayor parte de ellas a caballo»), de Guadix a Almería (camino que «no existe ni ha existido nunca más que en el nombre») y de Granada a Málaga en diligencia, «verdadera Arca de Noé montada sobre ruedas». Pero el gran libro de viajes de Alarcón es *La Alpujarra*, donde las evocaciones más o menos históricas del pasado morisco tienen una intención muy distinta a las románticas, ya que, como él mismo afirmó, el libro quería ser «un alegato en favor de la tolerancia religiosa» y condena de la expulsión de los judíos y moriscos; y ese alegato lo iba a construir a partir de un recorrido real por «aquella región, tan inmediata al teatro de mis únicas puerilidades legítimas, y de la cual, sin embargo, todo el mundo hablaba sólo por referencia; aquella tierra, a un tiempo célebre y desconocida, donde resultaba no haber estado nunca nadie; aquella invisible comarca, cuyo cielo me sonreía sobre la frente soberana del Mulhacem, [...] la indómita y trágica Alpujarra». Pero el libro no es sólo la narración detallada de un viaje por esa zona describiendo su paisaje, sino también una minuciosa historia de la región, centrada en los episodios de la rebelión de los moriscos al mando de Abén-Humeya, y además un impresionante conjunto documental con textos y citas de Pérez de Hita, Hurtado de Mendoza, Prudencio de Sandoval, Dozy, Luis del Mármol, y escenas completas del *Abén Humeya* de Martínez de la Rosa, todo ello formando un acorde entre el pasado y el presente, entre lo narrativo y lo descriptivo, entre la historia morisca y la acción del viajero, que con su libro trataba de recomendar «la armonía entre la libertad y la fe, o sea, las paces entre la Iglesia y la democracia».

Varios de sus cuentos, *historietas* o narraciones cortas aluden o se desarrollan en Granada; así “La buenaventura”, con las andanzas del gitano y el bandolero Parrón, localiza su acción en las calles de la ciudad, y “El carbonero alcalde”, su *historieta nacional* más conocida, narra magistralmente la heroica y casi numantina defensa que los habitantes de Lapeza hicieron de su villa frente a los “dragones” franceses; según el propio Alarcón, los dos relatos pertenecen a ese conjunto de historias oídas «a fidedignos testigos presenciales» o extractadas «de documentos incontrovertibles».

“Cuentos amatorios” son *El clavo*, «verdadera causa célebre –afirma Alarcón–, que me refirió cierto magistrado granadino cuando yo era un muchacho», que comienza con el viaje del narrador de Granada a Málaga en diligencia, y *La comendadora*, caso

ocurrido efectivamente en Granada, que, localizado por el autor en una casa señorial de la Carrera del Darro, cuanta la enfermiza obsesión de un “condesito” por ver desnuda a su tía, y ha sido catalogado como uno de los mejores cuentos de la literatura española.

El Niño de la Bola, que es una novela de tesis «sobre la utilidad y necesidad de los sentimientos religiosos» para frenar a la noble fiera humana, fue definida por su autor como «drama romántico de chaqueta» del que fue testigo en Andalucía cuando era niño; y si eso es lo que confiesa Alarcón en la “historia de mis libros”, es en la misma novela donde sitúa la acción en una vetusta ciudad, cabeza de Obispado con Catedral y Alcazaba semiderruida, que no es otro sino su ciudad natal, con sus tipos y sus costumbres. Y también en Guadix había localizado ya su versión narrativa del romance popular “El corregidor y la molinera”, unánimemente considerada como la obra más importante de Pedro Antonio de Alarcón: *El sombrero de tres picos*. Conviene recordar, como muestra del sentido dramático del autor, que este ofreció al dramaturgo José Zorrilla el asunto del picaresco romance para que lo escenificase, pero lo cierto es que el afamado autor de *Don Juan Tenorio*, aunque le agradó la idea, no llegó a aprovecharla. Varios han sido después los autores que la han llevado a la escena (Alejandro Casona, Torcuato Luca de Tena, Alfredo Mañas), sin olvidar, por su enorme importancia, el ballet de Manuel de Falla a partir del libreto de María Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra, y la ópera de Hugo Wolf, todo lo cual dice bastante de la intuición del guadijeño, que en el verano de 1874 recordó de nuevo el romance y se decidió a desarrollarlo en un relato. Alarcón conocía varias versiones, las cuales localizaban la acción del poema popular en distintos puntos de Andalucía (Arcos de la Frontera, Jerez, Huelva), pero como él la había oído por primera vez de labios de un pastor de su tierra llamado *Repela*, «y considerando que *Repela* nació, vivió y murió en la provincia de Granada; que su versión parece la auténtica y fidedigna, y que aquella es la tierra que mejor conocemos nosotros, nos hemos tomado la licencia –escribió Alarcón– de figurar que sucedió el caso en una ciudad, que no nombramos, del antiguo reino granadino». En principio la localización quiere ser precisa, y así se observa en la primera redacción, publicada por entregas en la *Revista Europea* (1874), en la que, aparte de las alusiones a Granada como ciudad próxima, la acción del relato se localiza en concreto en una «ciudad perteneciente al reino de Granada y cabeza de corregimiento»; después, en ediciones posteriores eliminará todas estas alusiones, dejando como única precisión la generalizante de que «aconteció en una ciudad de Andalucía lo que vais a oír»; y en verdad hay que indicar que la ambientación de la novela (tipos, vestuario, costumbres, etc.) apunta ampliamente a la Andalucía de finales del siglo XVIII o principios del XIX (el autor fija la acción entre 1804 y 1805, exactamente). *El sombrero de tres picos* tuvo un éxito enorme desde su publicación y ha venido a ser considerada como su “obra de plenitud”, donde, aparte de su acierto al retratar a grandes pinceladas a sus personajes, se nos presenta con más justeza como novelista de acciones, de sucesos, preocupado ante todo por el movimiento, por el desarrollo y avance de la historia. Muchos y valiosos fueron los elogios que recibió Alarcón en su época al dar a conocer esta obra, quizás el más curioso el del mediocre poeta Antonio Fernández Grilo, que con este motivo compuso uno de sus mejores sonetos, que en sus tercetos acaba así: «Créeme, Alarcón, si yo, que más dinero / no

tengo que el que dan por una oda, / fuese un caudillo, un prócer, un banquero; / mi espada, mi blasón, mi hacienda toda / diera sólo por ser el sombrerero / del sombrero que has puesto tan de moda».

OBRAS DE ~: *Obras completas*, Madrid, Ediciones Fax, 1943.

BIBL. ~: MARTÍNEZ KLEISER, Luis: "Prólogo", en *Obras completas*, Madrid, Ediciones Fax, 1943; F.[Fernández] MONTESINOS, José: *Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Editorial Castalia, 1977; COSTER, Cyrus C. de: *Pedro Antonio de Alarcón*, Boston (EE.UU.), Twayne, 1979.

Antonio SÁNCHEZ TRIGUEROS